—Así que venga cualquiera de los dos, diga usted que les espero.

El criado salió.

Leocadia, sola ya, empezó á pronunciar entre dientes palabras de cólera.

—¡Mi sufrimiento no alcanza á más!—murmuró.—¡Estoy engañada, vendida por estos dos infames; me roban, me abandonan, me matan! ¿Qué negocios tendrán los dos? ¿Qué harán? ¡Oh, nada bueno preveo para mí... sola, abandonada, ajena ya á todos los intereses de la casa, que Román maneja solo, sin poder defenderme de él!... ¡Oh, Dios mío, Dios mío!

La puerta del gabinete se abrió al decir la pobre mujer estas palabras entre sus dientes, apretados por una convulsión de cólera y de dolor.

-¡La señora!-anunció Dimitri.

Y nuestra antigua conocida Clotilde, antes Baronesa de la Calzada, y ahora madre de la Princesa, entró con desenfado en el budoir.

VII

Era una vieja horrible y apergaminada; tenía cerca de setenta años, y todo rastro de belleza ó de dignidad había desaparecido de su persona. Flaca, angulosa, dura, con los ojos hundidos en las órbitas, la nariz de pico de ave de rapiña, el color

curtido por las pinturas, Clotilde no tenía de bonito otra cosa que el nombre.

- —¡Gracias á Dios que te veo hoy!—dijo Leocadia con amargura;—¿dónde has estado?
- —Donde tenía que hacer,—contestó friamente la Baronesa de la Calzada.
- —Tu primer quehacer estaba aquí, á mi lado, —exclamó exasperada Leocadia.
- —Hija mía—repuso Clotilde con acento sardónico,—si piensas haber comprado una esclava, te equivocas, y te lo probaré pronto.
 - -¿Cómo?
 - -Marchándome de esta casa.
 - -¿Y dónde te irás?
 - -Fuera de Rusia: voy á visitar á Varsovia.
- —¡No lo creo!—repuso Leocadia, en cuyas facciones se pintó una expresión de terror; y procurando sonreirse, añadió:—¡Tú me engañas!
 - -Te digo la verdad: me marcho.
- —¿Tendrás el valor de abandonarme?—exclamó Leocadia.—Aquí, sola...
- -Estás con tu marido, y yo voy á buscar al mío; dicen que está en Varsovia.
- —¡Oh, eso es una burla cruel! ¡No me dejarás, Clotilde!
- -Te dejaré, hija mía, lo he decidido: te has vuelto insoportable, y yo tengo poca paciencia.
- -¡Oh, Dios, sola con él!—exclamó llena de terror Leocadia;—¡antes quisiera morir!
 - -¿Pues no le amabas tanto?

-¡Ahora le temo más que le he amado!

-¿Por qué?

—No lo sé; es instintivo mi terror... pero todo lo temo de ese hombre; yo le estorbo ya... El dinero, fruto de mi vida de intrigas; los grandes caudales que yo...

Aquí la voz de la desgraciada se apagó como ahogada por un sentimiento de disgusto y de pena; pero su amiga completó su pensamiento.

-Los grandes caudales que adquiriste á tanta costa, se hallan ya en poder de Román, ¿no es cierto?

-Cierto es.

—Y ahora te trata mal, y ahora prescinde para todo de tí, ¿no es verdad?

—Nada es más positivo. ¡Ah, Clotilde! Ya ves cómo no debes abandonarme, por lástima al menos.

—¿Y á mí qué me cuentas de todo eso?—exclamó la Baronesa;—tú te vas á Madrid, ¿no es cierto?

—Sí... tengo miedo de estar al lado de este hombre en país extranjero.

—Pues en el tuyo no estás nada segura; pero sea de ello lo que quiera, me separo de tí.

-¿Y qué harás sola?

-Eso es cuenta mía.

-¿Y qué haré yo aislada?

-Eso es cuenta tuya; yo no quiero estar más en tu compañía.

-¿Qué quejas tienes de mí?

—Te las he dicho mil veces: tu carácter se ha hecho insoportable; la dureza, la malevolencia, el egoísmo, la ingratitud, todas las malas cualidades conocidas residen en tí.

—¡Y tú me dices eso!—exclamó dolorosamente admirada Leocadia.

—No es la primera vez que te lo digo, aunque con menos claridad; pero ésta ha de ser nuestra última explicación.

-¿Con que te empeñas en dejarme?

-Absolutamente.

-¿Sin recordar lo que he hecho por tí?

—No sé qué ha podido ser, pero sé lo que he hecho yo: por mí te casaste con aquel monomaniaco Conde del Villar, del que diste tan buena cuenta, apropiándote sus riquezas; por mí has ad mitido en tu intimidad á mi amigo Román, que yo te presenté; por mí has sido joven y lo eres todavía, puesto que tienes mamá: ¿qué tengo que agradecerte en cambio?

—¡Qué! —repitió amargamente Leocadia; —¡y me lo preguntas, intrigante miserable! ¿No me he dejado explotar de tí? ¿No eres indigna cómplice de ese hombre, que después de hacerse dueño de mi mano y de mi destino, me abandona, me roba y me insulta? ¿Cuál es mi vida entre vosotros dos? Aquí, en medio de este fausto de que me habéis rodeado para alucinarme, me muero de pena y de angustia, pensando en mi abandono presen-

te y en el que me espera en el porvenir. ¿Qué será de mí cuando más vieja necesite de más afecto y de más cuidados? ¿A quién volveré los ojos? ¡Hasta á mi hija me habéis hecho aborrecer; á mi hija, que tanto amaba!

-Porque era como una cosa bonita, como una propiedad encantadora que halagaba tu vanidad.

-¿Y eso qué importa? ¡Yo la amaba y ella me acompañaba en el camino de la vida!

—Pero te hacía abuela, y tú no buscabas nietos, sino mamá. Las mujeres como tú y como yo, Leocadia, tenemos la vida mucho más corta que las mujeres honradas: al acabarse nuestra belleza, al espirar nuestra juventud, dejamos de existir, y morimos hasta para el recuerdo; las demás mujeres pasan su vida sacrificadas á su deber, es cierto; la pasan en el silencio, en la obscuridad, en la práctica de las virtudes cristianas, y su juventud se desliza en el sacrificio; pero en la edad madura, en la vejez, obtienen todas las compensaciones: su familia las adora, el mundo las respeta; el que no siembra no coge, y nosotras no sembramos.

—¿Por qué no me hablabas antes así, tentadora?

-Porque no me convenía.

_Y tú sabias esto.

-Como hoy; y tú lo sabías también, pues tu honrado padre te lo enseñó.

-¡Ay de mí! lo olvidé.

—Pues yo lo recordaba; pero el amor al lujo, á los placeres, la ociosidad, puede más que todo; en la juventud nos parece que la vejez está muy lejos, y llega demasiado pronto.

—Clotilde—exclamó la Princesa,—no me abandones; terminemos juntas nuestra vida... ya que me has querido y yo te quiero todavía.

—No te engañes á tí propia y quieras engañarme á mí: ni me quieres, ni yo á tí; nos tememos y nos odiamos, como dice el poeta:

> Lazo que el crimen anuda, El odio lo ha de romper.

-Yo no te odio,-murmuró aterrada Leocadia.

—Yo á tí sí; no hay delito á que no te haya conducido tu sed de lujo y de homenajes: el asesinato, el fraude, el robo, el abandono de tu hija, todo lo has llevado adelante con la conciencia muda y con el rostro sereno é impasible; mis consejos, que no eran más que de coquetería y de negocios al alcance de toda mujer de ingenio y al abrigo de las leyes, cayéron en tan funesto terreno, que han producido el crimen.

—¿Y crees que teniendo yo las puertas de la sociedad cerradas, las tienes tú abiertas?

-Creo que sí; yo no he llegado á donde has llegado tú.

-¿Y qué piensas hacer?

-En Varsovia estableceré un comercio de lencería y procuraré vivir en paz conmigo misma; trabajaré, me dedicaré á mis negocios, y obtendré al fin un sitio en la sociedad, el más humilde, pero bastante honroso para confesarlo públicamente.

-¿De modo que te has convertido á la virtud?

—Me he convencido de que la virtud es lo más lucrativo, lo más provechoso que hay en la tierra; todo lo demás son sueños y quimeras, Leocadia; todo pasa, huye y fenece. Sólo el bien da frutos, más tarde ó más temprano; sólo Dios es el supremo dispensador del bien y de la dicha; el mundo es malo, ingrato, egoísta, y no debemos sacrificarnos á él.

El silencio siguió á estas palabras. Leocadia, con la mano en la mejilla, parecía reflexionar profunda y tristemente; la tensión colérica de sus músculos se había desvanecido; aún aquellas facciones hermosas y llenas de armonía podían cambiar á cada instante de expresión; un sentimiento doloroso, profundamente triste, las animaba entonces; dos lágrimas grandes, abrasadoras, cayeron por sus mejillas, y con los ojos perdidos en el vacío parecía reflexionar profundamente.

—¡Oh, mi hija, mi pobre hija, mis nietos! murmuró.—¡Qué falta me hacen ahora, desdichada de mí!

—Todavía no sabes lo que hay de verdad en lo que dices—repuso Clotilde;—no podría hallar mejor venganza para el despotismo que me has hecho sufrir desde que busqué asilo en tu casa, que decirte la verdad de tu situación.

—Dila por amarga que sea, y jojalá disminuya después el rencor que me guardas!—dijo dolorosamente Leocadia.

—¡Disminuirse mi rencor!¡Si eso no está en mi mano!—exclamó Clotilde.—¡Tú no sabes cuánta y cuánta hiel me has hecho tragar!¡Delante de tu marido, delante de tu hija, delante de los criados, tu carácter despótico y altanero me ha humillado de continuo... á mí, que te tenía, que te tengo, que te tendre entre mis manos mientras viva!¡A mí, que sé mejor que tú misma la negra historia de toda tu existencia! ¿Cómo has tenido valor para tanto?¡Aún es á mis ojos misterio impenetrable! ¿Dónde está tu decantado talento?

-¡No me lo preguntes: alguna vez me lo he preguntado yo también, y no he sabido contestarme!

—¡Lo creo muy bien! Tu talento no te ha hecho ver jamás el porvenir, y en el presente no te
has ocupado más que del goce del momento; pues
bien: ya por venganza, y ya por compasión, pues
que los dos sentimientos existen para tí en el fondo de mi alma, te diré que tu marido te ha robado y va à abandonarte.

-¿Cuándo?—exclamó Leocadía saltando de su asiento.—¿Cuándo se va? ¿A dónde?

-Se irá esta misma noche; á dónde, no lo sé ni me lo ha querido decir.

—¡Ah! ¿Y si os vais juntos? ¿Y si os habéis unido para abandonarme? -¡No, Leocadia! Más horror que tú me inspira tu marido; su cobarde bajeza me subleva contra él.

— Espérate en esta casa hasta la aurora, Clotilde,—dijo la desgraciada mujer, que parecía haber tomado una resolución súbita y desesperada.

-Voy á marchar dentro de una hora: tengo ya

encargada una silla de posta.

-iHazme ese último favor... te lo pido como si fuera á morir!

-¿Para qué me necesitas?

- —No quiero dejar partir sin mi á ese hombre, ni hallarme hoy sola con él: todo el dinero que te llevas es mio; debe serlo... porque tú no tenías nada cuando llegaste aquí... Pues bien: no te culpo, no te reconvengo... pero esperemos á Román, para ver lo que va á ser de mí...
 - -¿Pero y si no vuelve?
 - -¡Oh! eso sería infame... y aún espero.
 - -¿No te he dicho que se va hoy, esta noche?
 - -¿Y si no se va?
 - -¿Y si ha partido ya?
- —¡Dimitri!—gritó Leocadia corriendo á la puerta del gabinete,—vaya usted al club de mi marido, á los teatros, á todas partes... Búsquelo usted y tráigale.

El criado la miró atónito.

—La señora Princesa le manda á usted que busque á su secretario,—observó Clotilde.

—Pues entonces, señora, esta carta dirá dónde se halla,—repuso Dimitri, tomando una bandejita de plata que contenía una carta cerrada, y que se hallaba sobre la consola.

—¿Quién la ha traído?—preguntó Leocadia, que la abría con mano trémula y convulsa.

-Un criado del club.

La carta contenía dos solos renglones, escritos en estilo burlesco é insultante, y decían así:

«Mi querida y siempre bella Leocadia: Hasta el día de la resurreción final; sé dichosa y no me busques.

ROMÁN DE SILVA.

Un grito ronco se escapó del pecho de la pobre mujer, y durante dos segundos cerró los ojos, como si la abandonasen sus sentidos. Clotilde hizo una señal á Dimitri, y éste salió.

—Ven,—dijo con voz sofocada á su amiga la pobre abandonada.

Y tomando uno de los candelabros de encima de la chimenea, la condujo á las habitaciones de su marido y á las suyas propias; fué abriendo papeleras, burós, armarios: ¡todo estaba vacio!

En un gabinete situado detrás de la alcoba de Leocadia, había una caja de hierro para guardar valores. Leocadia sacó una llave complicada, coordinó las letras con un esfuerzo superior de su débil cabeza, y logró abrir la portezuela.

Había sido abierta con otra combinación no menos sabia, y se hallaba vacía.

Los sentidos abandonaron entonces á la desgraciada, y cayó desplomada al suelo.

El abandono de su marido, del cómplice é instigador de sus terribles faltas, la había hallado con algún valor; pero la miseria, la horrible miseria que veía en perspectiva, anonadó sus fuerzas.

Clotilde, ayudada de sus doncellas, la llevó á su cuarto y la acostó. La silla de posta recibió la orden de esperar nuevas órdenes.

La aurora apareció nebulosa y sombría, y apenas empezó á alumbrar el horizonte, llamaron con redoblados golpes á la puerta del hotel.

Eran dos de los acreedores de la Princesa, es decir, dos truhanes amigos de su marido, que venian á tomar posesión del hotel amueblado, que les había sido vendido en una cantidad exorbitante.

Cuando la desgraciada Leocadia pudo oir, esto fué lo primero que supo: la noticia de su despojo, de su extrema pobreza, de su aislamiento.

¡La conciencia llena de negras sombras! ¡La vejez cercana, el abandono de todos! ¿Dónde volver los ojos? ¿en qué seno llorar? ¿á quién llamar para tan amargos dolores?

¡Al solo refugio verdadero: al cielo! Allí está el puerto de paz; allí está el asilo, el consuelo, la esperanza para los que todo lo han perdido aquí abajo; allí volvió también sus angustiados ojos la pobre pecadora, y allí fueron oídos los lamentos de su terrible dolor.

VII

Clotilde no abandonó á su amiga.

Ante una desgracia tan inmensa, todos sus resentimientos se aplacaron, y la compadeció profundamente.

-¡Dios mío, Dios mío, piedad de mí!—había gritado la extraviada desde el fondo de su alma, al volver del mortal desmayo que postró sus fuerzas.

Y este grito de angustia fué oído en el cielo; y el Dios á quien invocaba aquella alma afligida, le había dado como primer beneficio la compasión de la persona que tenía más cerca, y que ya iba á abandonarla. Clotilde, á quien la vejez y la fealdad, es decir, la desgracia, habían hecho ver las cosas de otro modo, oyó también aquel lamento, y su corazón, que ansiaba alguna simpatía verdadera, alguna tranquilidad, se inclinó hacia quien se hallaba más desamparada y más infeliz que ella misma.

Fué preciso abandonar el magnífico palacio que hasta entonces habían habitado, y hasta que arreglaron su salida de la capital de Rusia, las dos antiguas amigas ocuparon un hospedaje modestísimo, y que fué pagado con los fondos que había reunido Clotilde en la casa de su amiga, y que eran de ésta, puesto que la Baronesa, abandonada y despojada de su marido, del mismo modo

386

que Leocadia por el suyo, nada poseía al ir al lado de aquélla.

—¿Dónde nos iremos?—preguntó un día Clotilde á Leocadia.—¿Te convendría irte conmigo á Varsovia?

—No—respondió Leocadia;—quiero acercarme todo lo posible á mi familia.

_2Te atreves á ir á Madrid?

-Por ahora, no.

-A Paris?

-¡Oh, no: sólo ese nombre me causa terror!

—Entonces fijémonos en Londres; conozco allí á una modista española, que acaso nos dará trabajo; porque, créeme, querida Leocadia, lo que no hemos hecho á su tiempo, debemos hacerlo ahora: tenemos que trabajar.

—¡Y trabajar para vivir!—añadió dolorosamente Leocadia.—¡A tu edad es bien triste!

—¡A la tuya no es tampoco muy alegre! Leocadia, es ya preciso que abandones esa manía de juventud eterna que domina á todas las mujeres frívolas, coquetas y ligeras; este consejo es tan amistoso, tan verídico, tan acertado como el que te dí aconsejándote que te casaras con el Conde del Villar.

—¡Calla por Dios!—murmuró con voz angustiada Leocadia.—¡Ese recuerdo me mata!

-Créeme-prosiguió Clotilde: -renuncia ya, como yo he hecho, á toda esperanza de dicha, y busca por lo menos la tranquilidad; yo tengo aun un poco de dinero, que gastaremos juntas; pero antes de que se acabe buscaremos que trabajar: co seremos, arreglaremos encajes... no hay otro medio; ¡lo peor es que mi vista se halla muy débil!

-; Y la mía también!

— Mañana saldremos para Londres, y yo bus caré al instante á esa modista que fué mi camare ra hace ya muchos años.

Hizose todo como estaba acordado, y al salir de San Petersburgo sintió Leocadia que un peso enorme huía de su pecho, porque en la gran capital del imperio ruso había sentido los más acerbos dolores de su vida. Allí se habían apagado los últimos esplendores de su juventud; allí había recibido los primeros golpes en el corazón, por el desamor y la tiranía de su marido; allí se había separado de su hija y de su nieto; allí había empezado á ser verdadera y horriblemente des lichada.

No bien llegaron á Londres, Clotilde, que había habitado en él durante largo tiempo, y que sabía las señas de su antigua camarera, fué á su casa: era una de las artistas de la moda más afamadas y más ricas de Londres.

Mistres Brandt no era ya joven; pero lo era más que Leocadia y mucho más que Clotilde; se había casado, al salir del servicio de ésta, con el ayuda de cámara del Embajador inglés en Madrid, y llegados á Londres, habían abierto un pequeño comercio de modas, que había prosperado rápidamente, protegido por la colonia española; Mister Brandt era un hombre probo y activo, y Cecilia, su esposa, y la antigua camarera de Clotilde, tenía mucha inteligencia y gracia para la confección de objetos de lujo y de delicadeza; así aquel joven matrimonio prosperó rápidamente, y á los dos años de haberse establecido, sus negocios tomaron gran extensión é importancia.

Cecilia Brandt vestía á todas las españolas de distinción y á muchas damas extranjeras; pero ya no hacía otra cosa que dirigir, pues su espacioso taller estaba ocupado por un gran número de hábiles oficialas que obedecían sus instrucciones.

Era Cecilia una mujer que ya llegaba al otoño de la vida, pero notablemente elegante y distinguida: su estatura, bastante alta y delgada, lo parecía más por el vestido negro de seda que constantemente la ataviaba; tenía la tez ligeramente morena; el cabello, los ojos y las cejas, negras, lo mismo que sus largas pestañas.

Al ver á Clotilde la conoció en seguida, á pesar de hacer ya algunos años que no la veía.

-¡Ah, mi querida señora!—exclamó.—¡Está usted en Londres, y no me lo ha dicho! ¿Por qué?

-He llegado ayer, querida Cecilia.

-¡No importa! ¡Si me hubiera avisado su llegada, mi marido y yo hubiéramos ido á esperar á usted á la estación!

—¿Y cómo os halláis en este nebuloso país? preguntó la Baronesa. —Bien, señora—respondió la modista.—¡La niebla ó el sol residen dentro del alma! ¡La mía está llena de resplandores!

-¿Eres dichosa?

—Cuanto puede serlo una mujer. Y aunque pensaba que mi dicha no podría aumentarse, ya weo que estaba equivocada, porque es mayor desde que la he visto á usted. ¿Y el señor Barón?

—¡No lo sé! ¡Me dejó ya hace largo tiempo! Cecilia guardó silencio, pesarosa de haber evocado un recuerdo que debía ser muy triste; y después de un rato murmuró:

-Perdón, señora... no sabía...

—No tengo nada que perdonarte, querida Cecilia; esa pregunta es muy natural; ¡lo que sale de los límites regulares es mi desgracia!

—¿Puedo yo hacer algo para aliviarla, señora? No olvido ni olvidaré jamás que usted ha sido muy buena para mí.

-Pues bien, Cecilia: yo llego á este país extranjero, pobre, sin recursos de ninguna clase, y vengo aquí para pedirte ocupación.

-¡Oh, señora!...

—Para ganar en tu casa el pan diario para mí y para una compañera de infortunio, á la que conoces, y que ha llegado conmigo.

-¿Quién es?

-Leocadia, la viuda de Torres.

-¿Aquella señora tan bella que era la mejor amiga de usted? ¿Aquella cuyo lujo deslumbraba? —¡La misma! Todos nuestros esplendores nos condujeron al matrimonio, del que hemos salido por la sombría puerta de la desgracia. ¡Feliz tú, que has hallado abierta la de la dicha por el trabajo y la virtud!

—Señora mía—dijo Mistres Brandt, —ya le he dicho que en mi vida olvidare el cariño con que usted me ha tratado en su casa, y que me regaló al salir de ella, para casarme con mi honrado marido, 4.000 reales, que han sido la base de mi pequeña fortuna; yo le dije á usted que Brandt tenía ahorrada esa cantidad, y usted me contestó: «Pues tú no serás menos, porque yo te daré otro tanto.»

-No me acuerdo, Cecilia.

—Porque entonces era usted muy rica; yo me acuerdo muy bien, y, por tanto, hoy es para mí un deber y una dicha el decir á usted que cuanto poseo es suyo, y que tiene en esta casa una habitación, y un cubierto en mi mesa, y una servidora en mí.

—¡Ah!¡No cierra Dios todos los caminos! exclamó la pobre anciana alzando al cielo sus ojos marchitos y anegados en llanto.—Gracias, Cecilia; pero no puedo dejar sola á mi amiga; lo que deseo es labor para las dos.

—¡Usted trabajar! ¡Coser vestidos y confecciones! ¡Oh, no!

-¿Piensas que no sabré?-preguntó la Baronesa con triste sonrisa.

-Pienso que sí; pero no quiero que á su edad

se canse la vista; voy á ver si se conviene á otra cosa mejor.

- -Habla.
- -Estará usted en esta casa para llevar un libro de apuntes y para hacer compras de encajes y adornos aquí y en París: es un cargo de confianza que no sé á quién confiar.
 - -Pero ¿y ahora quién lo desempeña?
- —Yo, con mucha pena, porque tengo otros quehaceres á que atender.

-¿Pero y mi pobre amiga?

- —No la abandonará usted. La llevaremos á vivir á casa de mi mejor amiga, que la cederá un gabinete elegante con chimenea: es la viuda de un médico español, cuya hija se ha casado con un comerciante amigo de mi esposo.
 - -¿Y esa señora da hospedaje?
- —Hasta ahora nunca lo ha hecho; pero desde poco después que se casó su única hija Gabriela, está en su casa otro español, un caballero abogado, joven aún y buen mozo, que se halla aquí no sé si por motivos políticos ó por qué: este señor es hijo de una familia que en otro tiempo favoreció á mi amiga.
 - -¿Y crees que Leocadia podrá estar allí bien?
 - -Como en su propia casa.
- —Pues es urgente que la llevemos, y que yo me ocupe para ganar alguna cosa con que pagar su hospedaje. Mi infeliz amiga está todavía en peor situación que yo.

-Vamos ahora mismo á buscarla.

Clotilde y su antigua camarera salieron para reunirse á Leocadia; al llegar al hotel donde se había quedado, les salió una criada al encuentro.

—Señoras —dijo,—la viajera del cuarto donde ustedes se dirigen se halla indispuesta.

—¡Como! — exclamó la Baronesa. — ¿Desde cuándo?

—Hará una media hora; tiró de la campanilla, subí, y la hallé pálida y demudada; la subí una taza de te, y no la pudo tomar.

-Corramos, -dijo Cecilia, subiendo presurosa la escalera seguida de Clotilde.

Al entrar en la modesta habitación que para las dos había tomado, vieron á Leocadia sentada en un canapé con las mejillas encarnadas, la cabeza caída hacia atrás y los ojos cerrados.

—¡Leocadia! — exclamó la Baronesa. —¡Aqui estoy! ¡Vuelve en tí! ¿Estás mala?

-Sí,-murmuró débilmente Leocadia.

-¿Qué tienes?

- ¡No lo sé! No puedo moverme...

-Vamos á llevarte á una casa donde te hallarás bien. ¿Me oyes?

-¡Sí!

-¡Ten valor!

—¡Avisa al instante á mi hija!—dijo con voz débil la pobre mujer.—¡Me muero, y quiero verla antes de salir de este mundo!

Leocadia fué conducida á un carruaje de alqui-

ler, que tomó el camino de la casa indicada por Mistres Brandt.

LA ABUELA

—Nada te había advertido, querida Isabel — dijo Cecilia al llegar á casa de su amiga;—pero no lo creí necesario: te traigo una dama española enferma, y creo que la darás hospitalidad.

—Y has creido muy bien—repuso la madre de Gabriela:—todo lo que procede de nuestra patria me es querido; ¿dónde está esa señora?

-Ya ha llegado en un carruaje.

El criado de la casa y el cochero colocaron á Leocadia en un ancho sillón y la subieron hasta la habitación que se le destinó, situada en el piso principal.

Los desmayos se sucedían unos á otros. Cecilia tuvo que marcharse á su casa para volver después; pero la Baronesa no se decidió á abandonar á su amiga, y permaneció á su lado.

De vez en cuando anchas lágrimas rodaban por las mejillas de la enferma, y sin abrir los ojos murmuraba con voz sofocada:

-¡Perdón, perdón!

—Sosiégate—le decia la Baronesa.—¡Estoy aqui, á tu lado, y no te abandonaré!

Pero estos consuelos no eran escuchados: el golpe había sido demasiado rudo para el alma débil de aquella mujer; cuando la religión no presta sus dulces y activas fuerzas, hay tormentas de la vida que son demasiado terribles, y abaten hasta los seres más dotados de energía.

A la madrugada parecieron disiparse algún tanto las nieblas de aquel cerebro, debilitado y combatido de mucho tiempo antes por cóleras continuas y amargas: el médico llamado declaró que había fiebre violenta y que se temía una complicación en el cerebro.

—Si esta señora tiene familia—añadió,—es preciso avisarle, porque de un instante á otro puede llegar á un caso desesperado.

Clotilde ignoraba las señas de Adriana, y tampoco Leocadia las hubiera sabido, á no deberlas al delicado tacto de la Condesa: ésta hacía que todos los hijos de Adriana escribiesen de vez en cuando á Leocadia.

—E: vuestra abuela—les decía,—y debéis amarla aunque no la conozcáis.

-¿Y no la conoceremos nunca?-preguntó un día Osvaldo.

-Eso será lo que Dios quiera.

—Por cierto — dijo Clementina — que esa otra abuela no nos quiere como tú.

-¿De qué lo infieres?

-Si nos quisiera viviría con nosotros.

-Las abuelas quieren siempre á sus nietos.

Registrando, pues, los papeles de Leocadia, halló en una carta de Dora las señas de la casa que habitaba Adriana con su familia.

res ver á tu madre en este mundo—le decía: ella te llama; trae contigo á alguna de tus hijas, y si te es posible trae algún dinero; tu madre ha sido despojada de todo por su infame esposo, y yo he gastado ya lo poco que me quedaba.

Enviada esta carta dentro de otra para la Condesa, Clotilde quedó más tranquila; pero no pudo ir á casa de Mistres Brandt, por no dejar sola á la viuda al cuidado de la enferma.

Aquella misma tarde, al llegar Daniel para comer, le dijo la buena Isabel:

--¿Sabes que tengo en casa dos compatriotas nuestras?

—¡Cielos! — exclamó Daniel lleno de terror, pues hubiera preferido morir á ver á alguna de las personas que le habían conocido en otra posición. Pero recobrándose muy pronto, preguntó:

-¿Sabe usted su nombre?

—Aún no: las trajo ayer Cecilia, y para mí basta; llegó una tan enferma, que no tuve siquiera la ocurrencia de preguntar sus nombres.

-¿Y sigue indispuesta?

-Y en muy grave estado.

-¿Es anciana?

-Está cerca de serlo la enferma, y lo es la que la acompaña.

-¿Vienen para mucho tiempo?

-Nada sé todavía. ¿Quieres verlas?

-Cuando esté mejor.

-¿Y si empeora?

-En ese caso la veré también, porque quiero mi parte en los cuidados que necesite. —¡Mi buen Daniel!—exclamó la viuda estrechándole la mano,—¡qué hermoso corazón y qué mala cabeza!

—Me interesa todo el que sufre, y más una mujer. ¿Son ricas esas damas?

-Creo que son muy pobres.

-En ese caso, cuente usted conmigo para todo: aunque también soy pobre, sé trabajar y ya gano dinero.

XI

El Duque de Aguilar, resucitado por un milagro de la Providencia cuando se hallaba al borde de la tumba, había renacido de cuerpo y de alma. El ateo, el descreído, amaba, y había abierto los ojos á la fe, á la virtud, y á todo lo que hace la vida amable y amada.

Amaba á Cristina del Villar, y ¡cosa extraña! Cristina le amaba también, á pesar de un aumento notable en los defectos físicos del Duque.

Durante su enfermedad había sido éste atacado de una complicación de paralisis, y había quedado en tal mal estado, que solo le era dado andar con el auxilio de dos muletas, que en su vida podría. ya abandonar, según el dictamen de los facultativos.

—Es una naturaleza completamente arruinada —había dicho el médico de cabecera:—el Duque ha gastado toda su vida sin cuidarse de su salud, devorado por un cerebro enfermizo y calenturiento, pasando los días sin comer, y las noches en terribles insomnios; la falta de fe y de esperanzatraia la falta de caridad y el odio al género humano, y nada hay que más agote la vida que los sentimientos amargos.

—¿De modo, doctor—repuso la Condesa, que era á quien se dirigía el anterior diagnóstico,—de modo que lo que le mataba era el aislamiento, la soledad del corazón?

—Precisamente: es una naturaleza enfermiza, como ya he dicho; y al mismo tiempo, los jugos de su organismo moral eran escasos y estaban agotados.

Ante esta declaración formal de la ciencia, la Condesa y Cristina no dejaron un instante de hacer compañía al enfermo, aunque éste se hallase ya convaleciente, y el Duque fué renaciendo á una vida que no conocía, á una vida inteligente, apacible y dichosa.

Nada sabía aquel hombre más que dudar y quejarse del cielo; su corazón ardiente se hallaba en la infancia del sentimiento: vió que, si no amado con pasión, podía ser querido con tierno afecto, y que aún le quedaban los goces del alma y del espíritu.

Encantado con la dulce compañía de Cristina y de su abuela, hubiera cedido todas sus riquezas, toda su opulencia, si á este precio hubiera podido conservarlas á su lado; pero ¡cuán impotentes son